

Los "ideólogos" de la manipulación

Las fuerzas de choque —que describimos la semana pasada— no actúan solas ni de «motu proprio». Tras las bambalinas de la gran mascarada blavera se agazapan sus «teóricos», ocupados en elaborar y difundir, desde los papeles más reaccionarios del país, la gran coartada. Algunos dan la cara de vez en cuando, en un desesperado intento de justificar lo injustificable. De ellos se ocupa hoy B. PEREZ.

LOS «ideólogos», desde la cobertura ofrecida por los medios de comunicación, de la derecha recalcitrante, lanzan puyas panfletarias y organizan actos de «altura» para propagar el extraño contenido de las ideas que intentan vender y, de paso —y esto es tan importante, por lo menos como lo anterior— darse el autobombo que necesitan. Lógico en quienes, por su pobreza intelectual, permanecen en el cajón del olvido —cuando no puro desconocimiento— del pueblo valenciano.

El producto publicitado es la «defensa de la auténtica personalidad valenciana», el «anticatalanismo» furibundo. Como se ve, poca cosa. Nada. Es la definición en base al «anti» en vez de al «pro».

Aparece así sobre la palestra del País Valenciano una rotunda oposición a la autonomía enfundada, no en un desnudo rechazo de la cultura, la tradición y la afirmación de la propia personalidad, sino en la negación de «lo catalán»: el pueblo vecino nos quiere ser presentado por los nuevos «teóricos del nacionalismo» como el enemigo público número uno. Resultaría así que los catalanes quieren quitarnos nuestra lengua, bandera, costumbres y hasta invadirnos el territorio.

Y no es casualidad que los «ideólogos» que veremos a continuación hayan estado vinculados al franquismo o se arrimen a petardear la naciente democracia.

LOS MISMOS, EN TODAS PARTES

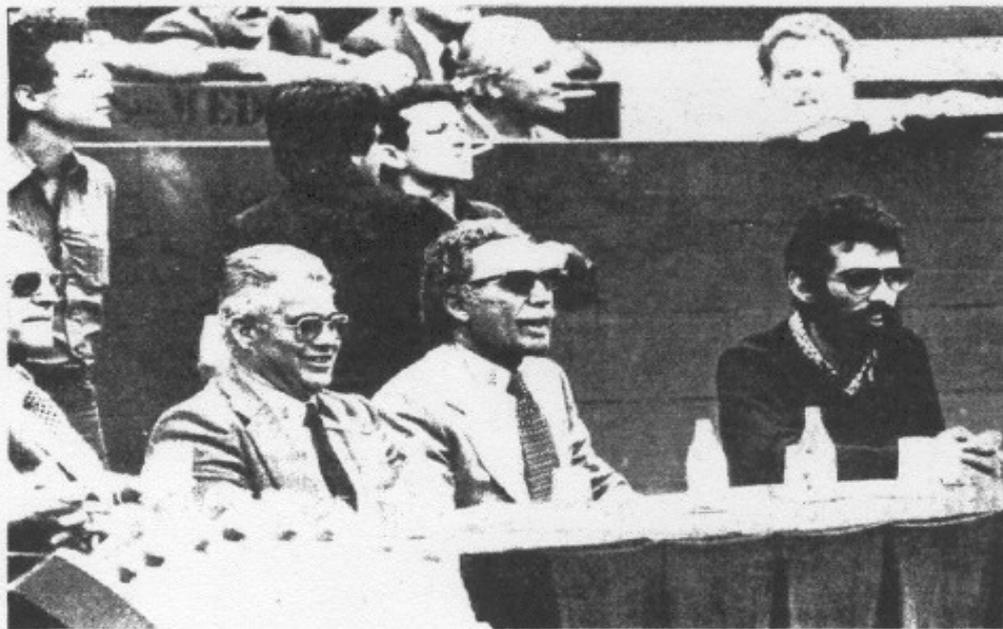
Verdad es que el mercado no da para mucho; Xavier Casp, Miquel Adlert, Vicente Ramos, Fermín Juan- to, Simó Santonja, Julián Sanvalero,

Ferrando Badía... Como son pocos, se presentan en todas partes como actores de teatro ávidos de funciones que representar.

Les vimos en el acto «valencianero» de la plaza de toros de Valencia el 5 de junio del 78, en las protestas contra el programa televisivo «Hora 15»; unas semanas antes, en el posterior encierro —también de protesta contra los «catalanistas»— de la Diputación de Valencia, en el homenaje a Giner Boira a mediados del pasado noviembre, en la manobra tendente a desglosar la lengua del País Valenciano del tronco común catalán...

Su calidad intelectual es poco apetecible. Nada tiene que decir a los

Los "ideólogos" salieron a la luz en el acto de la Plaza de toros de Valencia: Fermín Juan (1), y Xavier Casp (2).



tres millones y medio de habitantes de este País.

Si algo horroriza y, a la vez, motiva a nuestra «intelligentsia blavera» es no poder compartir la mesa de los intelectuales —antiguos y nuevos— del País. Es ese el caldo que la derecha cultiva y arropa. Uno de sus resortes para frenar la autonomía y desestabilizar la democracia. Y un clavo ardiendo, al que se agarran los teóricos del blau para no pasar desapercibidos. Entre éstos los hay que antaño mantuvieron la llama de nuestra cultura contra la incomprensión de la época; la aparición de nuevas figuras de superior talla y la pérdida del monopolio en sus particulares capillas les hizo renegar de su pasado y jugar un más que triste papel. Los hay también oportunistas de última hora, que encontraron en la blavería continuidad a sus actividades nunca mal vistas por la dictadura.

JULIAN SANVALERO: DE LA FUE A «VALENCIA 2.000»

Comencemos por Julián Sanvalero

Aparisi, catedrático de Prehistoria e Historia Antigua y Media Universal de la Universidad de Valencia, director del Instituto de Etnología de la Institución Alfonso el Magnánimo y miembro del Centro de Cultura Valenciana —«Academia» por obra y gracia del último presidente franquista de la Diputación de Valencia, Ignacio Carrau—; Sanvalero, a sus 66 años de edad, es un típico ejemplo de cambio de chaqueta con tal de obtener una cátedra, decanato y seguridad para toda la vida. «Rojo» en su juventud de estudiante de Filosofía y Derecho, valencianista, republicano de izquierdas, simpatizante en la década de los treinta con el grupo «Acció Cultural Valenciana» —entidad aglutinante del valencianismo universitario de la época, en la que militaban figuras como Manuel Sanchis Guarner y el comunista Emili G. Nadal, por citar sólo dos ejemplos—, pasó a ocupar puestos directivos en la FUE (Federación Universitaria de Estudiantes). En Nova Germania —valencianista, republicana y de izquierdas—, que defendía y cultivaba el Nacionalismo Valenciano —sin veleidades contra la Cataluña hermana—, le encontraríamos después. Y, ya durante la República, en un puesto de responsabilidad en la Conselleria de Cultura. Sanvalero conseguiría llegar a miembro del Cuerpo Jurídico en el Tribunal Militar de Murcia. Encarcelado por los «nacionales» saldría de prisión, en el año 39, alegando que sus servicios a la República habían sido

de tipo burocrático.

Su radical giro al conservadurismo le vendría de la mano del catedrático de Historia Primitiva en Madrid; Martínez Santaolalla, personaje reconocidamente fascista, bajo cuya égida conseguiría Sanvalero cátedra en Granada y posterior traslado a Valencia. La adaptación a la nueva situación exigía «flexibilizar» hasta el máximo las opiniones de juventud y oponerse, como catedrático y decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia, a la introducción del catalán en las aulas universitarias, por intentos que hiciera el alumnado. A partir de su inversión ideológica —o mejor, paralelo a ella—, su abandono de las tareas científicas, ¡que podían crearle problemas! Y ya puesto, ¿qué podía impulsarle a asistir al «I Congreso de Historia del País Valencià», del que se mantuvo distante por muy de su profesión que fuera? ¿O afirmar la «romanidad de Valencia», o «buscar el sustrato... del valenciano en la Cultura Ibérica»? Cualquiera cosa, menos investigar. El paso siguiente fue la actitud, no ya pasiva, sino de activa militancia anticatalana junto a otros que, como él, quedaban olvidados por la historia.

Sanvalero intentó que los estudiantes-organizadores, allá por los años sesenta, del «Sindicato Democrático», se integrasen en la verticalista APE, de Ortega Escós, personaje tan fascista como el propio SEU, cuyo recambio —sólo de nombre— pretendía. En fin, el ilustre catedrático, que

A veces, los «compañeros» de viaje han acabado defenestrando a quien les toleró. Es el caso de Beüt i Berenguer, marcado con el número 2. El 1 es Eduardo Chuliá y el 3 Vicente Ramos, presidiendo el mismo acto.



solía en estos años referirse a Franco como «el caudillo», ha realizado sus últimas apariciones públicas pidiendo desde la «Academia de Cultura Valenciana» se rectifique el nombre de nuestra lengua, desglosándola del tronco común «catalán» y apoyando la incipiente y más que sospechosa sociedad de nuevo cuño «Valencia 2.000», a la que dedicaremos alguna atención el próximo capítulo.

CASP Y ADLERT: DEL «CATALANISMO» A «MURTA»

Frustración también la de Xavier Casp y Miquel Adlert, cofundadores el año 44 de la editorial Torre y colaboradores en el semanario «Acció». Ambos valencianos se convertían por entonces, siguiendo sus convicciones de antes de la guerra civil, en los campeones de la unidad y la lengua y la cultura catalanas. Como diría Toni Doménech en un documentadísimo dossier de la revista «Dos y dos»: «Ellos son los primeros impulsores del moderno catalanismo en el País Valencià, entendiéndolo por tal la unidad cultural y lingüística de Cataluña, las Islas y el País Valenciano.»

Serían los libros poéticos de Casp «Volar», «Jo sense tu», «On vaig, Senyor?», preclaro ejemplo de literatura en lengua catalana, como serían también senda de recuperación cultural las tertulias semanales desde el año 49 en casa de Adlert, por las que pasarían la flor y nata de la intelectualidad del País: Joan Fuster, Vicent Andrés Estellés, Alfons Cucó, Joan Francesc Mira, Sanchis Guarner...

Hasta el enfrentamiento en el año 49 con «Lo Rat Penat» —refugio entonces, al igual que ahora, de reaccionarios y conservaduristas— llegaría la militancia cultural de Casp. Y en el 50 habría de desplazarse, en plena dictadura, a recoger en Perpignan la Flor Natural conseguida en los Juegos Florales de la Lengua Catalana.

Pero cambiaban los tiempos. El reducido círculo que conservaba la brasa cultural del País se incrementaba con nuevos nombres. Fuster, en el 62, publicaba «Nosaltres, els valencians», dando una más amplia dimensión y perspectiva al valencianismo. Casp, por otra parte, dejaba de ser maestro válido para las generaciones que irrumpían y de ejercer la influencia decisiva de otrora sobre los





nacionalistas. La campaña de «Las Provincias» contra el escritor de Sueca, desencadenada por José Ombruna —su director— como reacción al triunfo literario de Fuster en Barcelona, fue apoyada por Casp y Adlert, carentes ya entonces de respuestas válidas para una década distinta.

A partir de ahí ambos escritores se refugiaron en el recuerdo de un pasado más glorioso —por difícil que fuera— para ellos y en la búsqueda de mecenas a sus posiciones.

Lo encontrarían —terminando de hundirse— en los promotores de la «valencianía anticatalanista», la URV, el GAV, «Som», «Murta» y otros tinglados por el estilo.

Así, mes tras mes, Casp y Adlert se ven desgraciadamente abocados a elaborar, prácticamente en solitario —más aún que durante la dictadura—, «Murta», un producto de la más baja calidad literaria e ideológica. Mientras tanto, la intelectualidad de que ambos fueron predecesores se afirma en el País.

Omitiendo algunos ejemplos citados, el papel que la derecha asigna a sus «intelectuales» es el único camino a que tiene opción la mediocridad o nulidad creativa de los arrivistas.

REPENTINA APARICIÓN DE FERRANDO BADIA

¿Quién, de no ser por sus apariciones poco menos que circenses, iba a saber de Juan Ferrando Badía, el catedrático de Derecho Político de la Facultad de Derecho de Valencia?

Apariciones en sus plúmbeos artículos de la página 5 en «Las Provincias», diciéndonos qué tipo de autonomía es la que necesitamos los valencianos. El que se mantuvo alejado del País Valenciano hasta hace cuatro días, becado en Roma por el Centro Superior de Investigaciones Científicas, becado también por el «British Council» y la «Fundación March», ampliando estudios mientras otros aguantaban el tipo y el palo de la dictadura.

Su pasado en el seminario —del que, por cierto, fuera expulsado— enlaza con la actualidad sin que se le conozca la más mínima defensa o simple definición para la autonomía del País. Ni siquiera por su democratización. Alto funcionario, como ha sido, del Consejo Superior de Estudios Políticos, director del CEU de Alicante, colaborador largo tiempo de Diego Sevilla Andrés —otro integrista

recalcitrante— en la cátedra de Valencia, parece ser que ha carecido de tiempo hasta la llegada de la democracia para intentar influir en política.

Apariciones no sólo en el diario de marras, sino directamente en «Som», la revista del GAV, grupúsculo a cuya presentación en público acudió como respaldo, intentando convencernos de que denominar «País Valencià» a nuestra comunidad sería «anticonstitucional y abuso de mandato representativo» por los partidos que lo pretenden.

¡Buen abogado se ha buscado el GAV. Y mejor grupo el profesor! Qué buenas migas hacen ambos. Pregunten, si no, a Sergio Pérez Antón y Pedro Cimarro, expertos porristas del inclito grupo, protegidos —como indicábamos el número anterior— por el señor Ferrando.

Claro que él tampoco se queda en las tareas intelectuales. Acude a la acción cuando la ocasión permite que salga en los periódicos. Como en junio del 78, durante el grotesco encierro en la Diputación de Valencia, apoyado por el todavía ilustrísimo Carrau. ¡Aquí hay un profesor! ¡Aquí hay un profesor!, decían las tías marías, señalando a don Juan, respaldo «teórico» de la mascarada como luego del GAV. O en alguno de los intentos de asalto al Palau de la Generalitat, pidiendo orden y calma a los más exaltados, que, por lo visto, rompían el programa de tan «cívica» manifestación.

EL «ALICANTINISMO» DE RAMOS, «MARQUES DE COMILLAS»

Pintoresca donde las haya es la aportación de Alicante a la galería de personajes que hoy nos ocupa.

Vicente Ramos Pérez, su máximo exponente, de Guardamar del Segura, ha hecho su estelar entrada en la blavería por la puerta del diario «Información», donde incrusta por costumbre perlas literarias hablando de la «partitocracia desmembradora de España» y barbaridades por el estilo. Vamos, que predica la vuelta del Caudillo. Ramos, a quien sus más próximos vecinos conocen especialmente por su tradicional anti-valencianismo, ha sido, no ha mucho tiempo, promotor del «alicantinismo» y «surestismo» para pasar últimamente a militar en el «anticatalanismo».

Tan sin base objetiva el uno como los otros, merece la pena aproximarse a la trayectoria de don Vicente, para seguir la pista de lo que pueden ser nuevos descubrimientos, tan ori-

ginales como los antedichos. Basándose en los materiales acumulados por Francisco Rico, erudito alicantino poseedor de una excelente biblioteca y autor a principios de siglo de una obra inédita —«Literatura alicantina»—, nuestro hombre, bibliotecario de la Caja de Ahorros de «Alicante y Murcia» (antes del «Sureste»), pretendió consagrar el concepto de «alicantinidad».

Del «surestismo» al «alicantinismo» había un paso, el que necesitaba la Caja de Ahorros para dar categoría de espacio geográfico a su entidad, fundada en el 39; el que justificaba la



El «insigne poeta» de blaverismo, Anfos Ramon, lee «Som», órgano del GAV. «Murta» y «Las Provincias» publican sistemáticamente los ladrillos anticatalanistas.

creación de un Consejo Económico del Sureste y requería la ampliación de mercado para el diario «La Verdad» de Murcia, que, a principios de los años 60, se convirtió en animador de la aventura; por supuesto, con evidentes ganancias económicas. No era de extrañar, pues, que la operación «Surestismo» buscara ejes geográficos en el río Segura, articulador, según esa invención, de las provincias de Alicante y Murcia, en una unidad geográfica. Se desgajaría, de esa forma, Alicante del resto del País Valenciano, en beneficio de intereses de terratenientes murcianos.

El carácter adulador de don Vicente —al decir de las fuentes consultadas—, especialmente hacia Antonio Ramos Carratalá, fundador de la Caja, le llevó a gozar de la confianza de éste en una simbiosis económico-erudita garante de lo que después ocurriría.

El rabo, que ya se le veía, lo puso sobre la mesa Ramos un buen día del año 67. Convocó a la prensa

y presentó un folleto propio: «Las cartas boca arriba», vulgar panfleto que arremetía contra un puñado de intelectuales democráticos alicantinos (Mateo, Cerdán Tato, Ernesto Contreras...) y hasta el propio director de «Información».

Con esa actuación, el «marqués de comillas» —así lo calificó un diario alicantino, por la prolija utilización que hace de largas citas textuales de otros en sus «eruditas» obras— comenzó a ingresar en el patrocinio de la blavería anticatalanista, eficaz sustituto a sus anteriores y personalísimas creaciones del «alicantinismo» y «surestismo». En la televi-



«Titino» Giner Boira. Una estrella eclipsada a pesar de los homenajes. Ya no es el único y la competencia es fuerte.

siva contestación de las «fuerzas vivas» valencianas contra el programa «catalanista» «Hora 15», de mayo del 78, «defendió» nuestra «auténtica personalidad valenciana», «honor» que compartió con el ya esmentado Sanvalero, Fermín Juanto y Simó Santonja.

EL «PAMPLONISMO» DE FERMIN JUANTO

A Fermín Juanto le hemos recontrado en el reciente homenaje a Giner Boira —Hotel Astoria de Valencia— con un grupo de correligionarios. Repetía con ello la promoción de actos como el de la plaza de Toros de Valencia, en cuya mesa «presidencial» se sentó. De Sangüesa (Navarra), ex capellán marista, algún alumno recordaba no hace mucho que utilizaba procedimientos tan pedagógicos como pegar en clase. Actual profesor en el Colegio Alemán de Valencia. Licenciado en Románicas por la Universidad de Barcelona, donde, al parecer, le enseñaron justo lo contrario de lo que ahora defiende.

Requeté de Sixto de Borbón y colaborador de aquella revista, más

que integrista —«¿Qué pasa?»— con el seudónimo de Fermín del Roncal. Sin demasiado entusiasmo por nuestra lengua: se oponía a las jerarquías eclesiásticas cuando la iglesia valenciana intentaba —siguiendo las orientaciones del Concilio Vaticano II— que las misas fueran en valenciano.

Juanto fue presidente de la UTT de Enseñanza en el Sindicato Vertical de Valencia. Y no era de los que llegaron al cargo —pocos eran los que lo conseguían— «infiltrado» por las fuerzas democráticas, sino de los «de verdad». Más de un disgusto le costó el puesto; por ejemplo, en marzo del 72, cuando se presentó, carpeta bajo el brazo al CEM de Valencia, a desautorizar una asamblea de licenciados, que preparaban la huelga contra la antidemocrática Ley de Educación de Villar Palasí, salió Juanto con el rabo entre las piernas y bastante antes de lo que pensaba; su grotesca presencia desencadenó, en momentos como aquél, la sorna y paralelo cabreo entre el profesorado.

«ACADEMICOS» DE NOMBRE

Ejemplos citados —no hay muchos más, todos del mismo corte— son suficiente para percatarse del talante de la intelectualidad blavera. Ultimamente parece ser que hay en marcha otra andanada de sujetos como los citados.

Nos referimos a los intentos de crear una «Academia de la Lengua Valenciana» contra el «Instituto de Estudios Catalanes», única autoridad reconocida en materia de nuestra propia lengua. Naturalmente, con la misma jerga de «razonamientos» sobradamente conocidos. El decreto de bilingüismo para el País Valenciano y la orden de desarrollo ministerial para el mismo están alentados —como era de esperar— por esa derecha recalcitrante amiga de la confusión.

Ya hace unos meses que el rumor de que nos inventaban una academia circuló por algunos medios políticos y periodísticos, encontrando cerrada oposición en todas las instituciones mínimamente serias. En vista de lo cual, ahora vuelven a la carga los prohombres del ex «Centro de Cultura Valenciana», que dejan entrever, por boca de unos cuantos —no, desde luego, los científicos, los pocos que hay—, una nueva aventura: convertirla en la institución que vele por la «pureza» —léase «personalidad valenciana-anticatalana»— de nuestra lengua.

Ya Carrau, último presidente franquista de la Diputación de Valencia, se encargó de poner la primera piedra para la maniobra: cambiar el nombre de «Centro» por «Academia», a ver si colaba lo demás.

Sanvalero y el secretario Francesc d'Assis Carreres Calatayud, son los firmantes de una nota pidiendo que el diccionario rectifique la definición de nuestra lengua.

A los promotores de tan brillante idea conviene recordarles que, al margen del «servicio» prestado por Carrau con el cambio de nombre, el propio centro, creado en 1915 como réplica regional al «Centro de Estudios Catalanes», fue ya criticado por Miquel Durán y Tortajada por la falta de rigor en la selección de sus miembros. A tenor de ellos ha funcionado la institución.

Y, hoy por hoy, quitando el caso de Sanchis Guarner y algunos —pocos— más, sus componentes tienen bien poco que aportar en el asunto lingüístico. Simó Santonja, Sanvalero, Carreres, Beneyto Pérez, Beüt i Belenguer, Castell Maiques..., son, a lo sumo, especialistas o eruditos en algún terreno, no en lingüística, disciplina en que el Centro con buen criterio se deja orientar por los expertos y firmó las Normas de Castellón del año 32, que consagran la unidad lingüística del catalán.

Pero el «Centro-Academia», como otros asuntos, están movidos desde atrás por personas muy concretas. Miquel Adlert, Casp, Carreres y Ferreres Ciurana, con Sanvalero, serían los promotores del entuerto en vías de consolidación, metiendo como tapadera las «normas lingüísticas del primero citado», a las que ninguna persona o entidad autorizada dan el mínimo beneplácito.

Pero aun por debajo de Adlert, de Juanto, Ferrando Badía, por debajo de todos los aquí citados y algunos otros que no aparecen —demasiado espacio se les ha dedicado ya, dada su ramplonería ideológica—, unas pocas manos mueven los hilos y alguna respetable pancha se estremece de gozo entre bambalinas cada vez que sus teledirigidos personajes hacen pública aparición. ■

En el próximo número

“COMO SE FINANCIA EL BLAVERISMO”